

De la literatura a la historia: los primeros años en la trayectoria intelectual de Edmundo O’Gorman (1930-1940)

From Literature to History: Early Years in the Intellectual Career of Edmundo O’Gorman (1930-1940)

Bryan Klett García
Universidad Autónoma de Baja California Sur
/ Universidad Veracruzana

Resumen

El presente trabajo es un estudio de la trayectoria intelectual del historiador mexicano Edmundo O’Gorman (1906-1995) en la década de 1930, periodo de su tránsito profesional de la abogacía a la historia acompañado por la creación literaria, la edición y la crítica. La sucesión e intención de sus proyectos, así como las perspectivas expresadas en sus publicaciones, permite advertir la seducción del llamado de Clío precisamente al tiempo que la disciplina comienza su marcha hacia la profesionalización y el país entra en su etapa institucional. El propósito es reconocer a O’Gorman más allá del sesgo disciplinario en la recepción de su obra, un primer paso para fundamentar su pensamiento estético-literario como un correlato de su trabajo historiográfico.

Palabras clave: Edmundo O’Gorman; Historia Cultural e Intelectual; Historiografía Mexicana; Literatura Mexicana; Pensamiento Estético-Literario.

Abstract

This paper studies the early years in the intellectual trajectory of the Mexican historian Edmundo O’Gorman (1906-1995) during the 1930s, the period of his professional transition from Law to History accompanied by literary creation, publishing projects, and criticism. The sequence and intentions of his

projects as well as the perspectives expressed through his publications allows us to notice the seduction of Clio's calling precisely at a time when the discipline began its march towards professionalization and the country entered its institutional stage. The purpose is to recognize O'Gorman beyond a disciplinary bias in the reception of his work, a first step towards laying down his aesthetic-literary thought as a correlate of his historiographical work.

Keywords: Edmundo O'Gorman; Cultural and Intellectual History; Mexican Historiography; Mexican Literature; Aesthetic-Literary Thought.

Introducción

El presente trabajo es un estudio de la trayectoria intelectual de Edmundo O'Gorman (1906-1995) en la década de 1930, periodo en que puede apreciarse a un joven abogado, apasionado lector y sensible a las artes, en su tránsito del despacho legal al archivo por vía de la creación, la edición y la crítica literaria. La sucesión de sus proyectos y publicaciones permite advertir la lenta seducción del llamado de Clío que, como canto de sirenas, atrajo a O'Gorman precisamente al tiempo que México entra en su etapa institucional y la disciplina histórica comienza su marcha hacia la profesionalización.

Los estudiosos de O'Gorman han coordinado sus escritos en reflexiones teóricas de diverso tipo y siguen trazando rutas filosóficas para describir su modo de concebir la historiografía. Sin embargo, amén de muy dignas excepciones, varias interpretaciones han reducido su corpus de estudio a la especificidad teórica; es decir, que a pesar de las múltiples perspectivas de su interpretación, parten del sobrentendido de que se está leyendo a un genio abstraccionista, ya sea por su acercamiento filosófico a la historia o por su posición crítica respecto al método y la teoría. No es gratuito que el premio nacional a las mejores obras en teoría de la historia y la historiografía hoy lleve su nombre, pero deseo que mi comentario no se entienda como acusación malsana, pues cabría preguntarnos cuánto puede todavía decirnos el resto de su producción (sin escamoteos) sobre su estampa en el temperamento intelectual de la modernidad mexicana y su ideario en torno (y más allá) de la historiografía.

Con esto en mente, se torna necesario demarcar su trayectoria en el contexto intelectual y cultural mexicano del siglo XX; por mi parte, considero pertinente y de provecho reconocer su pensamiento estético-literario –manifiesto en sus fascetas de crítico, editor y creador literario– en cuanto pieza

constitutiva del sistema de O’Gorman y correlato de su pensamiento histórico-filosófico. Ello con especial interés en la época de su mudanza profesional de la abogacía a la historia, desde que egresó de la Escuela Libre de Derecho en 1928 hasta su ingreso al AGN en 1938 y a la UNAM un año más tarde.

El periodo señalado es también el menos atendido de su vida con actitud crítica. Claro, estamos hablando de la *pre-historia* de O’Gorman, es decir, del tiempo anterior a su inclusión en la comunidad de historiadores. Se trata de una vuelta de tuerca fraguada en el roce con intelectuales desde su círculo inmediato que lo engarzan con una comunidad cultural más allá de las fronteras e ideologías nacionales. Junto a esos resortes, encontramos también al joven audaz de sensibilidad estética, al riguroso y entrometido lector; al dedicado impresor de domingo; al amigo generoso que gustaba de convidar al baile; al discreto islote en un archipiélago de soledades; al ocurrente pensador de crítica implacable; y al creador heterogéneo con una clara voluntad de estilo.

Una atmósfera saturada de intelectualismo

En 1928 Edmundo O’Gorman egresa de la Escuela Libre de Derecho y comienza su carrera litigante. La abogacía en realidad no le entusiasmaba, pero debió elegir entre la ingeniería, la medicina o las leyes. Siguiendo sus propias inclinaciones y el camino de sus maestros Antonio Caso y Miguel S. Macedo, de quienes confesó una “devoción realmente medular”, optó por lo más cercano a las letras y las humanidades; aunque también se jactó de que a diferencia suya Caso “jamás escribió una demanda ni se paró por un juzgado” (1982, p. 12). Ejerció durante casi una década, pero “nunca se entregó de corazón a sus exigencias y –como él lo ha señalado–, descuidaba los negocios en beneficio de la lectura de nuestras viejas crónicas, en perjuicio de sus pobres clientes” (Arnáis y Freg, 1964, p. 240).

Las anécdotas de sus veintes bosquejan una personalidad ocurrente e inquieta, ambiciosa si no voraz, irónica y dedicada. Como abogado, a O’Gorman no le iba mal, tenía auto propio y un ingreso suficiente para sostener lo que con seguridad era una frecuente inversión en libros y revistas.¹ Su amigo, el esteta Justino Fernández, lo recuerda en esta época “con sombrero, bastón y flor en el ojal del saco” (1968, p. 13). Su familia cultivaba amistades

¹ Josefina Zoraida Vázquez además afirmó que O’Gorman, “como miembro del alto estrato de la sociedad mexicana gustaba de la vida social y hacía gala de frivolidad” (1997, p. 687).

entre los círculos diplomáticos, artísticos e intelectuales y era costumbre con-vidarlos a su hogar los fines de semana.² Con el tiempo, las tradicionales reuniones domingueras en casa de los O’Gorman fueron convirtiéndose en las tertulias literarias de un reducido grupo en torno a los hijos,

donde semanariamente poníamos en ejercicio el dicho de: “si me lees, te leo”. A aquello, vagamente, le llamábamos “El Parnaso”, sin que tuviéramos pretensión alguna [...] así pasaba domingo tras domingo, haciendo su aparición de vez en cuando algún norteamericano distraído de su natural camino, o era atraída alguna figura de relieve mayor. Todo esto pasaba por 1930. Nuestras reuniones no tenían importancia para nadie que no fuésemos nosotros, pero la justa dominical nos divertía. (Fernández, 1963, p. 35)

En estas reuniones, por amor a las letras Edmundo y Justino deciden incurrir en las artes de la tipografía. Fundan en 1932 la paradoja que en varios sentidos fue su editorial Alcancía, “una empresa ante todo espiritual y consecuentemente editorial” (p. 35) aunque, financieramente, “aquello era un fracaso” (1968, p. 14). Armados con una vieja prensa de mano con tipos móviles para imprimir tarjetas publicaron ediciones domésticas de alta calidad, principalmente pequeñas piezas literarias influenciadas por la renovación estética de los movimientos vanguardistas, plasmando una actitud distintiva a sus trabajos y “algo del sabor del viejo arte tipográfico mexicano” (Saborit, 1995, p. 137). Sólo en su primera época (1932-1934), Alcancía conjuntó modernidad y tradición produciendo cerca de 30 publicaciones contando los cinco números de la revista mensual homónima que imprimieron de enero a mayo de 1933 –principalmente poemas y cuentos de un pequeño círculo, jóvenes los más, de ideas liberales.³

² La familia O’Gorman recibió en su casa la visita de distintas generaciones de nuestra historia cultural. Entre los artistas, se cuentan escritores como Federico Gamboa, Juan José Tablada, Enrique Asúnsolo, el español Ricardo de Alcázar, la editora y traductora Carolina Amor, el pintor y cineasta Adolfo Best Maugard, el escultor Ignacio Asúnsolo, el dramaturgo y cineasta Celestino Gorostiza. También frecuentaban la casa historiadores y arqueólogos de la talla de Manuel Romero de Terreros, Francisco de la Maza, Pablo Martínez del Río, George R. G. Conway, Manuel Toussaint y Justino Fernández. A este grupo se sumarían Miguel N. Lira, Octavio N. Bustamante, Renato Leduc, Efrén Hernández, Enrique Kuri, Juan Legarreta, Raoul Fournier y otras personalidades del “grupo sin grupo” reunido en torno a la revista *Contemporáneos*.

³ Entre 1932 y 1934, Alcancía publicó a Gerardo Diego, Renato Leduc, Miguel N. Lira, Rubén Salazar Mallén, Justino Fernández, Porfirio Barba-Jacob (pseudónimo del colombiano Miguel Ángel Osorio Benítez), Anselmo Mena, Juan Larrea y Federico García Lorca. Sobre el último, se trata de la única publicación completa de la *Oda a Walt Whitman* (agosto de 1933) que antecede a su asesinato. Asimismo, en la revista *Alcancía* acudimos al encuentro de algunos tempranos esfuerzos literarios de jóvenes contemporáneos a sus impresores con las plumas de generaciones previas, entre los cuales se cuentan algunos consagrados para entonces. Además de los directores

Mucho más tarde, en su respuesta al discurso de ingreso de O’Gorman a la Academia Mexicana de la Lengua, Salvador Novo recordará a su amigo, el poliédrico abogado con las manos en la tinta: “en la Alcancía de aquellos remotos años aparecía ya el historiador en que iba a convertirse arrobadamente el todavía por los años treinta indeciso artista que bullía en Edmundo O’Gorman” (1975, p. 98). Pero acaso la mayor significación de Alcancía está en haber reunido las generaciones literarias que van del Ateneo de la Juventud a los Contemporáneos, destacando su interés por las apuestas estéticas más allá de las exigencias de una literatura nacionalista y “viril”. Una revisión cuidadosa de las labores de Alcancía muestra los vínculos e influencias de O’Gorman: la literatura española, José Ortega y Gasset y su proyecto editorial, la Generación del 27, los movimientos vanguardistas y su cercanía de trato con el “grupo sin grupo”. Es obvia la influencia de la *Revista de Occidente* y *Contemporáneos* en el diseño de *Alcancía*, al igual que su afinidad con autores, lecturas e ideas allí expresadas. Esto lleva nuestra atención a los escritos de O’Gorman en este periodo, todos manifiestamente literarios: un cuento, tres poemas, una semblanza, un ensayo y un elogio. No parece mucho, sin embargo, esta producción permite observar a un O’Gorman que se presenta explícitamente como *creador literario*.

En marzo de 1932 O’Gorman debuta simultáneamente como escritor y editor. Alcancía lanza su primera publicación, la *Fábula de Equis y Zeda* del español Gerardo Diego, poema vanguardista que antes se publicó en *Contemporáneos* (núm. 21, febrero de 1930) y cuyo antecedente apareció en la *Revista de Occidente* (núm. 37, julio de 1926): el cuento “Cuadrante (nove-loide)”⁴. Asimismo, en el primer número de *Nuestro México* encontramos “El caballo blanco”, la única prosa de ficción que conocemos salida de la pluma de Edmundo O’Gorman. No es este el lugar para desembrollar la compleja relación entre su cuento y los textos referidos de G. Diego, baste decir que vienen de una matriz común que conjuga la estética barroca con la apuesta de las vanguardias literarias resultando en un carácter paradójico. “El caballo blanco” reconoce la propuesta de Gerardo Diego, toma varios de sus elementos y los

de la revista *Alcancía* publicaron de su generación: Octavio N. Bustamante, Jorge Cuesta, Xavier Villaurrutia, Efrén Hernández, Salvador Novo, Miguel N. Lira, Andrés Henestrosa, Héctor Pérez Martínez, Octavio Paz, Pedro Calero Jordán, el cubano Nicolás Guillén y dibujos del estadounidense Perkins Harnly. De la generación anterior: Juan Marinello, Renato Leduc, Agustín Lazo, Francisco Monterde, Enrique Asúnsolo, Carlos Pellicer, el historiador, editor y periodista español Wenceslao Rodríguez (mejor conocido por los pseudónimos Ricardo de Alcázar y Florisel), Francisco Orozco Muñoz, Juan Manuel Ruiz Esparza y Mariano Azuela.

⁴ Ver Bernal (1993).

reconfigura en una compleja operación paródica, entablando además un diálogo hipertextual tanto en la forma como en el contenido.⁵

La edición no venal de *Alcancía* de la *Fábula de Equis y Zeda* tuvo un breve tiraje de 50 ejemplares numerados que realizaron sin autorización del poeta, pero hay que decirlo: es un trabajo francamente admirable.⁶ Lo mismo pensó el autor cuando llegó a sus manos (quizá por vía de Salvador Novo) resultando en su segunda publicación con *Alcancía* a finales de ese mismo año: una edición temprana de sus *Poemas adrede*. El libro abre con una nota lírica de sus impresores, que pudiera considerarse síntesis de todo su proyecto editorial: “Desde aquí, desde este punto indiferente en el espacio absurdo, una mano busca el saludo de otras y se sale de las letras, en espera. Que, como se corta una flor en el campo, haya alguien que recoja ese saludo en punto y lo devuelva de nuevo al espacio absurdo. *j.f. - e.o.g.*” (1932, p. 3).

Según dijimos, O’Gorman también publicó algunos textos en *Alcancía*:⁷ en el primer número (enero de 1933) encontramos tres poemas fechados, un soneto y dos en verso libre. Sus esfuerzos poéticos parecen desmarcarse simultáneamente de la rigidez modernista y la irreverencia del estridentismo. En este sentido, como advierte Arturo E. García Niño (2020), pueden ligarse al primer poemario de Xavier Villaurrutia, *Reflejos* (1926), y a los nocturnos que publicó en el quinto número de *Barandal* (diciembre de 1931). Entre la obra de Villaurrutia y los poemas de O’Gorman encontramos recursos afines, pero más evidente resulta la apropiación por O’Gorman de tópicos y tropos frecuentes en la obra del otro: la muerte, la soledad, la habitación y el espejo. A propósito, Villaurrutia publicó dos nocturnos en el tercer número de *Alcancía* (marzo) que más tarde se sumarían a su *Nostalgia de la muerte* en 1938.

Pero antes, en el segundo número (febrero, mismo donde aparece uno de los primerísimos poemas de Octavio Paz), O’Gorman escribe una semblanza de Octavio N. Bustamante como antesala a su texto “Las señoritas los prefieren altos”. En la semblanza se hacen notar elementos cubistas como en “El caballo

⁵ Ver Klett (2023).

⁶ La página de la Fundación Gerardo Diego registra en su catálogo digital algunos títulos de *Alcancía*. Entre ellos, el ejemplar número 36 de la *Fábula de Equis y Zeda* que tienen a resguardo en la Biblioteca de Gerardo Diego. En 2010 la Fundación publicó una versión facsimilar de la edición de *Alcancía*.

⁷ Las revistas *Alcancía* y *Fábula* pueden consultarse en el volumen conjunto de la edición facsimilar que en 1981 el FCE preparó para su colección de Revistas Literarias Mexicanas Modernas, también disponible en versión electrónica (2018, al citar me estaré refiriendo a esta edición).

blanco”, el gesto frívolo del *flâneur*, y me atrevería a afirmar cierta conexión con la filosofía de su maestro Antonio Caso sobre “el arte como desinterés”:⁸

Ahora [Bustamante] invitaba, un poco maestro, a matricularse en la Escuela de la Indiferencia. [...] Como todos los hombres de magnífica voluntad, Bustamante – contrario a lo que sus amigos piensan– está dispuesto a justificar su existencia, a no derrochar su vida ocupándose de algo importante, pero él, y en esto le doy la razón, estima que no se ha elaborado aún la receta para diferenciar lo importante de lo que no lo es y siguiendo una máxima tan vieja como cierta, en la duda se abstiene. De esta manera queda aclarado cómo para él un bostezo cause ejecutoria y que un anuncio de un almacén de ropa, una novela americana, dejen esa misma profunda huella que para otros hombres los más agudos accidentes, como el primer amor, como el último. (2018, p. 32)

Alcancía sólo entregó cinco números hasta mayo de 1933, pero inspirados por el proyecto editorial, Miguel N. Lira y Alejandro Gómez Arias crean *Fábula* al año siguiente. En mayo de 1934, O’Gorman colabora al quinto número de sus amigos con “Una divagación”. Formalmente, se trata de un ensayo narrativo, pues el texto está construido como una exégesis de dicha divagación. No intenta capturar y reproducir el flujo de consciencia conforme acontece y tal como acontece, sino ponerlo en relato. Comienza con sobrio cartesianismo: “Conociendo mis pensamientos y su valor, sabré los secretos de mi existencia y me conoceré a mí mismo” (2018, p. 213). Un gesto filosófico que pronto trastoca al tono irónico para saltar a su asunto: el fracaso.

Y resultó, que ya en el preciso momento de hacer la exégesis de mi pensamiento para así conocerme, por más que me esforcé en librarme de una idea que como demonio me dominaba, no lo logré, lo cual me llevó al convencimiento, triste al principio y al fin alegre, de mi íntima calidad de fracasado, de hombre irresponsable y de pobre diablo. Usted me dirá si tengo o no razón en pensar así de mí cuando le diga que esa idea, o lo que quiera llamársele, era la de considerar –plausible suposición– a Elena de Troya regenteando una taquería y lo que es más, con éxito. He aquí que soy un fracasado. No obstante, ya lo dijo Agripino, jamás seré un obstáculo para mí mismo. (p. 213)

Aunque el de O’Gorman es un texto relativamente sencillo, su brevedad tampoco se reduce a simpleza, pues formalmente despliega una estructura temporal fragmentada con riguroso cuidado, denotando la preocupación por la palabra y el orden contrapuestos a la tautología retórica y el fárrago de la

⁸ Ver Caso, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad* (1916).

divagación. A seguidas matiza la idea del descalabro artístico e intelectual reconociendo que hay distintos tipos de fracasado, semejante a su consideración de Bustamante:

El fracasado que se sabe tal, no es, ¿quién lo duda? igual al simple fracasado. Todo conocimiento trae, a querer o no, sus consecuencias y consecuentemente creció en mí el legítimo orgullo de hacer del fracaso, tan mío, un éxito. Sentí la ineludible necesidad de encontrar, determinar mi destino en algo tan inútil, tan fuera del comercio que no pudiera nunca, aún a pesar mío, reportarme ganancia o beneficio. No es ésta tarea fácil. He aquí que ahora soy un buscador de lo inútil. (p. 214).

Mientras que con ligereza O’Gorman trata de elevar la derrota intelectual a un valor estético –los movimientos artísticos de aquel tiempo ya rompían lanzas en contra de la sujeción del arte a un fin, a la moda y a la productividad–, le infunde a su esmero por definir lo inútil, precisamente, un carácter sistemático. No obstante, su método se revela inepto para la pesquisa, sugiriendo los límites y absurdos de un pensamiento puramente racional: “Inútil, dice el diccionario es un ‘adj’ que es lo que no es útil” (p. 214). Aquí hasta la redacción parece reforzar el absurdo de una tautología enciclopédica. De cualquier forma, el divagante no se amedrenta. Con esperanza y “la emoción del perdidoso”, embiste de nuevo al diccionario, “con ese, *Dolor jovial de perder / las cosas idolatradas*” (p. 215). Así introduce O’Gorman unos versos de su amigo Renato Leduc, los primeros de su “Romance del perdidoso”, incluido en la edición que hizo Alcancía de sus poemas en 1933. Concluye el texto con una actitud más bien contemplativa, algo romántica (otra vez como su cuento), que comulga con un escepticismo hacia la capacidad racional para comprender el mundo y a sí mismo, optando mejor por la experiencia a secas: “Ha pasado mucho tiempo. Ahora leo versos y de vez en cuando alzo la cabeza para ver las estrellas” (p. 215).

Siguiendo la pista de O’Gorman, en septiembre colabora nuevamente en *Fábula* en un edredón de elogios a Alfonso Reyes (núm. 9 y último, septiembre de 1934), entonces representante diplomático en Río de Janeiro, quien se encontraba brevemente en el país por asuntos personales. En total participaron del ejercicio casi 30 escritores de varias generaciones, entre ellos Edmundo y Justino, que podemos contrastar con algunas palabras de los otros: “Creo en el escritor porque conozco al hombre” (Ermilio Abreu, p. 311); “Tres casos de individualidad mexicana de magnífica floración [...] : Rivera, el que plasma; Vasconcelos, el que piensa y Reyes, el que sabe” (Eduardo Colín, p. 312).

Las demás tienen un tono y dirección semejante a estos. Resultan, sin embargo, de mayor curiosidad las colaboraciones de Justino y Edmundo. En el mismo espíritu de los primeros escritos de O’Gorman, parecen sublimar el fracaso y el sacrificio intelectual a un bien estético:

Toda actitud ejemplar contiene renunciaciones / Toda bandera izada simboliza protege orienta / Toda fortaleza recoge gloria y claudicaciones / Toda mano cerrada lleva vida en sus venas y coraje y dolor / Todo ejemplo / Todo bandera / Todo fuerte / Todo puño cerrado / Alfonso Reyes (Fernández, p. 312)

Alfonso Reyes es el hombre fuerte en el mundo literario de México. Su laboriosidad, su talento, su erudición hacen de él, entre otras cosas un “valor” reconocido y respetado de todos. Pero para llegar a esto: ¡Cuántos brillantes ideales sacrificados! ¡Cuántos Alfonsos Reyes muertos por su propia mano! –Es preciso recordar, agradecidos, la generosa abnegación que trae aparejada la labor de Alfonso Reyes. (O’Gorman, p. 318)

Comparados con los fragmentos de Abreu y Colín, cuyo fondo es triunfal y pleno, los amigos de Alcancía parecen afilar el individualismo de la dedicación al acto de pensar como una especie de polémica interna, llena de generosidad, renunciaciones y riesgos. Es claro que O’Gorman tenía una estima particular por el talento e inteligencia del regiomontano. Su “divagación” tiene varios rasgos en común con una “pesadilla” de Reyes compilada en *El cazador* (1921). Más tarde, veremos a don Edmundo ser también su crítico socarrón con su ensayo “Teoría del deslinde y deslinde de la teoría” (*Filosofía y Letras*, t. IX, núm. 17, enero-marzo de 1945, pp. 21-38), donde disiente de los *Prolegómenos a la teoría literaria* de Reyes en su apreciación de que la historia sea una literatura ancilar sin carta de naturalidad artística. Antes de la muerte de Reyes en 1959, le dedicará otro ensayo por “sus cincuenta años de vida literaria” titulado precisamente “Historia y vida” (1956), donde a mi parecer dialoga con “Mi idea de la historia” que el regiomontano escribió en 1949. Ya se ve: desde muy temprano, O’Gorman dio buenas muestras de haber sido atento lector de Alfonso Reyes. Tal vez, incluso, su deudor, pues la *Invencción de América* (1958) ofrece una vía de interpretación afín a la que se aprecia en *Última Tule* (1942).⁹

Con este elogio termina el primer ciclo de escrituras de Edmundo O’Gorman, como es de notar, de un carácter e intención absolutamente

⁹ Incluso hallamos una afirmación que anticipa la formulación en la tesis de O’Gorman: “ya en el Renacimiento podemos decir que América, antes de ser encontrada por los navegantes, ha sido inventada por los humanistas y los poetas. La imaginación, la loca de la casa, había andado

literarios. De sus escritos tempranos podemos entresacar una interpretación de conjunto que me gustaría proponer como una *estética del fracaso* –semejante pero desigual a la que Tereszewski (2013) precisó para Beckett–: una apreciación poética fundada en la desvalorización de lo útil o productivo, asimismo expresiva de una idea claramente moderna del arte, el artista y el contemplador, perfilando el individualismo en la dedicación al pensamiento y la creación como polémica interna llena generosidad y riesgos, sugiriendo los límites de lo decible e inteligible y los absurdos tautológicos de un pensamiento puramente racional. En suma, tratan de elevar con ligereza la derrota y sacrificio intelectual al sublimar el fracaso en un valor estético.

Crítica de la forma

Después de 1934, las ediciones de Alcancía se vuelven esporádicas, probablemente porque Justino Fernández ahora colabora con Manuel Toussaint en el Instituto de Investigaciones Estéticas y Edmundo O’Gorman, con toda seguridad, se hallaba sumergido en la revisión de documentos. Sigue siendo abogado, pero encauzado por su profesor Miguel S. Macedo, comienza a entregarse a lo que él mismo reconoció como un llamado hacia la historia. El primero de diciembre de 1937 se anuncia en *Letras de México* (núm. 20) que Alcancía daba inicio a “una nueva etapa en que publicarán exclusivamente trabajos históricos” (2018, p. 12).

Por su parte, O’Gorman publica su *Breve historia de las divisiones territoriales* (Polis, 1937), *Santo Tomás Moro y la Utopía de Tomás More en la Nueva España* (Alcancía, 1937) y sus *Reflexiones sobre la distribución urbana colonial de la ciudad de México* (Cvltvra, 1938). Por su valor historiográfico y de consulta, su *Breve historia* se sigue reeditando hasta la fecha, aunque el autor le tuviera poca estima: “No tiene ideas, no tiene más mérito que haber sido hecho cuando era yo abogado” (1982, p. 12). Mientras que sus *Reflexiones* se presentan como la otra cara de la moneda: ni más ni menos, un ensayo de ideas. El proemio escrito por José Rivera advierte del historiador en ciernes que se manifestaba en O’Gorman por su “acervo informativo”, su “macicez cultural” y su “sentido de la proyección histórica, merced a su perspicacia para escudriñar el pasado y hacer de la Historia no sólo un conocimiento útil, sino un conocimiento vívido y, aun si se quiere, un conocimiento emocionado”,

haciendo de las suyas” (Reyes, Alfonso. “Capricho de América”, *Última Tule*, en *Obras completas*, vol. XI, México, FCE, 1997 [1960], p. 75).

para así lograr “un acercamiento espiritual a los hechos que se examinan”. Rivera sintetiza lo que muchos otros opinarán sobre su obra futura: “El continente satisface; el contenido halaga” (José Rivera en O’Gorman, 1938, p. 12), es decir, investigación rigurosa y buena prosa, aunque algo barroca.

Por su parte, *Santo Tomás Moro* es un ensayo crítico sobre la representación del mártir que hizo Silvio Zavala en su obra *La Utopía de Thomas More y su influencia en la Nueva España* (Porrúa, 1937). Aunque O’Gorman embiste feroz y satírico contra la obra con particular encono sobre la introducción escrita por Genaro Estrada, se excusa “previendo un posible malentendido” en que su posición “es quizá apasionada –como debe ser toda posición sincera–, pero no dogmática” (p. 74), pues “No es todo esto vana discusión ni amor a sutilezas inútiles, ni deseo de defender o atacar personalidades ni personas; tiene, para el caso, un objetivo inmediato y fecundo, que consiste en la orientación que deba darse a la investigación histórica de conjunto, de conquista y de colonización españolas en el continente americano” (p. 72).

Ahora bien, en paralelo O’Gorman publica en *Letras de México* algunos breves textos de carácter ensayístico. A finales de 1937 presenta una semblanza de Justino Fernández con motivo de la publicación de su libro *El arte moderno en México* (1° de noviembre, vol. I, núm. 18, p. 8) y una reseña “Sobre el reciente libro de Rafael García Granados” (16 de noviembre, vol. I, núm. 19, p. 8). En 1938 presenta un ensayo sobre “La obra de Luis González Obregón” (1° de septiembre, vol. I, núm. 31, p. 2) y en 1939 otro sobre “La dominación española de Orozco y Berra (15 de enero, vol. II, núm. 1, pp. 6-7).¹⁰ Con este cuádrivio y su ensayo sobre el libro de Zavala, O’Gorman se revela en una nueva faceta como crítico *literario*, centrado en libros de historia. Destaco la palabra porque, bien vistos, sus comentarios sobre la obra de Fernández, García Granados, González Obregón y Orozco y Berra se ocupan con especial interés en la *forma* que dichos autores confieren a su obra más allá del contenido.

Respecto a Justino Fernández, en su breve nota,¹¹ O’Gorman nos refiere que, luego de lanzarse al ruedo para no ser “un simple espectador” y “en carne

¹⁰ Las paginaciones aquí referidas corresponden a las publicaciones originales de *Letras de México*. Al citar en adelante lo haré desde la versión digital (basada en la edición facsimilar) del Fondo de Cultura Económica para la colección de Revistas Literarias Mexicanas Modernas.

¹¹ En el mismo número aparece una reseña del libro por Manuel Toussaint que de soslayo nos remite a O’Gorman: “Justino Fernández pertenece a un pequeño grupo cuyo lema pretende ser la comprensión. Trata, en efecto, de apreciar y sentir lo mismo el arte antiguo que el moderno, poniéndose cada vez en el punto visual necesario a cada artista; para estos ansiosos de emociones estéticas arranca la misma curiosidad un Ticiano que un Renoir; un Velázquez o un Picasso. Actitud rara la suya en un medio como el nuestro en que la única especialización

propia” sentir el asedio de las dificultades “que como malos gigantes salen al encuentro del que se atreve”, Justino “encontró la calma necesaria para investigar” en el Instituto de Investigaciones Estéticas (2018, t. I, p. 162). Así, producto de la oportunidad y de su experiencia, en el libro de Justino se aprecia una cualidad significativa para O’Gorman: que su trabajo “no se aparta, en su forma, de la tradición constante de los libros mexicanos que se ocupan de arte. Tiene, como aquellos, algo de crónica, algo de relato en tono familiar, como si el autor simplemente se propusiera contar con sencillez sus impresiones al ‘amigo lector’” (p. 162). Con lo cual lo ubica en continuidad con la obra de Bernardo Couto y Manuel Revilla. Pero advierte que “los tiempos apacibles” del siglo XIX devinieron en un paso acelerado donde “las posiciones, los puntos de vista, las valorizaciones, y sobre todo la forma y los sistemas de acercamiento a los problemas (siempre fundamentalmente los mismos), atraviesan una crisis manifestada en una general desorientación enferma de novedades, máquinas y técnicas” (p. 162). O’Gorman se queja de los críticos de arte modernos, incapaces de fijar como “punto común de referencia” algún concepto “de lo que debe entenderse por Lo Bello. Pese a tanto manifiesto orgullo, esta época nuestra no ha podido producir una Estética, a no ser que de esa manera quiera apellidarse al endiosamiento de la técnica” (p. 162). Sin embargo, reconoce en su amigo una excepción, quien no se propuso descubrir o inventar ningún “nuevo trascendental sistema filosófico”, prefiriendo dar prioridad “a las cualidades superiores de la obra, hoy tan preteridas. Es decir, reconoce que la verdadera obra de arte se entronca con la intuición y no con la razón; que es algo religioso, no científico (en el concepto iluminista); que, en suma, es una manifestación de la conciencia mística” (p. 162). Como se ve, O’Gorman no singulariza ningún contenido de la obra, se interesa, en cambio, por la intención y la perspectiva, así como la relación que se establece con el lector.

Toca señalar que lo expresado en esta semblanza de Justino hará eco pocos años más tarde en el ensayo que O’Gorman escribe cimbrado por su imborrable impresión de la estatua de la Coatlicue en el Museo Nacional, “El arte o de la monstruosidad” (originalmente publicado en *Tiempo. Revista Mexicana de Ciencias Sociales y Letras*, núm. 3, marzo de 1940), dedicado precisamente a su amigo Justino. Dicho texto merece su propio estudio detenido para engarzarlo apropiadamente con otros ensayos de O’Gorman, exponer sus

posible consiste, no en conocer profundamente un asunto y respetar lo que se ignora, sino en levantar grito y bandería en pro de un ídolo y en declarar a seguidas abominable todo lo que no nos parece igual a él” (p. 11).

consideraciones y deslindes sobre la contemplación y crítica artística, además de su sensible y sugerente interpretación sobre el concepto clásico de belleza a partir de la estatuaría antigua y lo que propone como su correlato: el concepto de lo monstruoso, derivado de la conciencia mística como explicación de la necesidad deformativa implicada en el arte, que identifica por igual en el arte prehispánico, las estatuas góticas y el surrealismo –proposición audaz, por decir lo menos–. Quede aquí constancia de uno de los mejores ejemplos del pensamiento estético-literario de O’Gorman, pero considero la lectura transversal que en el presente trabajo expongo como un paso necesario para desempaquetar aquello.

Siguiendo con nuestra empresa, pocos días después de la semblanza de Justino aparece la reseña de O’Gorman sobre el libro de García Granados: *Filias y Fobias, opúsculos históricos* (Polis, 1937). Con humor nuestro crítico personifica al libro, que “con un ‘Don’, pasaría por nombre de personaje de novela picaresca” (2018, t. I, p. 178). Procede en la descripción del libro como reflejo del carácter de su autor: “es inquisitivo, agresivo, es indiscreto y, por qué no decirlo, un poco loco”. El texto es encantador, con frases y motivos memorables producto de una sincera amistad, pero concentrémonos en su comentario sobre la manera en que *Filias y Fobias* se distingue de las demás publicaciones históricas en su contexto:

fuera del valor ontológico de los temas desarrollados en el libro (juzgue de eso quien de eso sepa), se le descubre un mérito entre nosotros cada vez más raro: se trata de una obra de las llamadas historia que difiere mucho de las acostumbradas de esa índole, tan serias, tan dignas, tan llenas de citas, tan importantes y tan aburridas. Es decir, no es un libro de esos a los que, so pretexto de que se trata de una obra de consulta, se les hace el honor de una encuadernación y el deshonor de un anaquel nunca visitado. [...] Bien vista, su posición es una manifestación que obedece a esa ineludible legítima necesidad que siempre ha tenido el hombre de hablar del hombre. (p. 178)

Ahora bien, en enero de 1938, nuestro autor traspasa el umbral del Archivo General de la Nación, por primera vez como empleado del órgano. O’Gorman ha abandonado la abogacía, renunciando a un cómodo ingreso para hacerse de un “modestísimo puesto de historiador c, con un sueldo de \$294” pesos mexicanos de aquel tiempo (Meyer, 2009, p. 11).¹² El Jefe de Investigadores del

¹² O’Gorman comentó en algunas ocasiones que su decisión impactó considerablemente a su estilo de vida, pero se contentaba con la oportunidad de aprender los menesteres del archivo y la paleografía. Al igual que su semblanza de Justino, esto nos arroja a 1940, cuando O’Gorman

AGN entonces era Luis González Obregón –a quien Artemio del Valle Arizpe llamó “el ameno archivo que camina” (Arnáiz y Freg, 1964, p. 141)–. Pero don Luis murió a los 73 años, el 19 de junio de aquel año, con lo cual O’Gorman asumió su cargo en el órgano y la dirección de su *Boletín*. Que una figura como González Obregón fuera sustituida por un abogado con limitada experiencia en la disciplina al que le doblaba la edad debió causar desconfianza en más de uno. Pero en el número que *Letras de México* destinó para honrar la memoria y legado del difunto (núm. 31, septiembre de 1938), entre una lluvia de elogios O’Gorman se pronuncia revoltoso y osado, disipando toda duda sobre su capacidad para las responsabilidades adquiridas.

En su breve pero agudo ensayo “La obra de Luis González Obregón”, O’Gorman formula la pregunta fundamental que orientará sus futuras investigaciones: “Hubiera querido aprovechar esta oportunidad para hacer algunas observaciones que sirvieran para situar la obra de don Luis González Obregón dentro del campo general de la investigación histórica: ¿Qué clase de historia escribió? ¿Qué validez podemos atribuirle, en suma, al concepto de Historia que preside esa obra?” (2018, t. I, p. 308). Empero, señala que dar “contestación a estas molestas, pero ineludibles preguntas” no era posible en el estado de desarrollo que se encontraba la investigación histórica, por falta de sistematicidad, precisión y clasificaciones que permitieran esgrimir un juicio cabal. En este sentido,

por de pronto es importante advertir que la forma en que se ha hecho la investigación de los hechos del pasado, es en sí, un hecho susceptible de historiarse, y sería en extremo recomendable e instructivo que se estudiara la historia de la Historia. [...] Sabemos, por ejemplo, que el padre Sahgún, Torquemada, Clavijero, Alamán, Ramírez, Riva Palacio y González Obregón son historiadores; sabemos, o mejor dicho sentimos, que son de distinto tipo; pero ¿acaso conocemos la relación que existe entre ellos, considerados como historiadores? ¿podemos fijar las bases lógicas para compararlos, para situarlos? (p. 308)

A continuación, procede bosquejando la tradición decimonónica por su método científico-positivista que quiso encuadrar a la historia en los procedimientos de la Ciencia Natural y “ese sabor tan especial de todo aquello que se elaboró bajo el dorado signo de la idea del progreso”. Sin embargo, se trata a su parecer de una “historia muerta, sin intuición, carente de inspiración que

publica por partes su ensayo sobre el desamparo económico de los intelectuales y la pobreza cultural de la clase política en el país: “El caso México”, en *Excelsior* (31 de julio, 1, 2, 3, 4 y 8 de agosto de 1944). Compilado en las *Imprevisibles historias* de Eugenia Meyer (2009, pp. 155-174).

inhabilita a la historia a cumplir su misión más fundamental en relación con la cultura”, pues “ya no puede aceptarse por entero y sin reservas”, entre otras razones, por su postulado imposible de imparcialidad: “Por mi parte, no veo por qué se ha de privar la historia del elemento más bello y fecundo del espíritu: la pasión [que] no está *necesariamente* en oposición a la verdad” (p. 308).

Cabe advertir que O’Gorman no desprecia la historiografía del XIX ni el esmero de sus arquitectos, pero “es indudable que a su lado debe iniciar una historia reflexiva e intuitiva”. Así, afirma que González Obregón en efecto perteneció a dicho horizonte:

por su afán de verdad, por su seriedad, por su erudición [...] su historia en el fondo sigue siendo del mismo tipo de la que ya estaba escrita. Y, sin embargo, hay algo diferente: la forma de sus escritos. D. Luis ama la leyenda y no la desprecia; busca su incorporación en la Historia y es por esto que se convierte en un historiador popular y fácil. Es, dicen, ameno. Esta circunstancia se ha querido explicar trayendo a cuenta su formación literaria o su afán de instruir divirtiendo. Ninguna de las dos explicaciones me parecen satisfactorias, por elementales. Sería mejor pensar que la forma de los escritos del señor González Obregón revelan una inquietud [que lo coloca en lugar aparte] [...] podemos ver en su instinto por la leyenda un deseo inconsciente de buscar caminos nuevos, un afán de acercamiento amoroso al pasado, un intento de establecer ligas con la vida. (p. 308)

O’Gorman cava aquí la trinchera desde donde asediara las supervivencias positivistas del siglo XX. De nueva cuenta, se aprecia su atención en ciertos aspectos de las obras que responden primeramente a los valores espirituales de sus autores: resulta tan importante el asunto de la investigación como la sensibilidad con que el sujeto se aproxima a los rastros del pasado. Por si fuera poco, O’Gorman se adelanta a clausurar explicaciones simplistas. Como apuntó en sus textos sobre Fernández y García Granados, la expresividad de la escritura histórica no consiste en hacer “historia perfumada” (refiriéndose al calificativo de J. Huizinga), sino en permitir la participación de los aspectos subjetivos del investigador: la pasión, la intuición y el deseo inconsciente por comprender.¹³

Con esto, O’Gorman se acerca a una discusión sobre la tendencia hacia la nota erudita, el acarreo de datos y el supuesto objetivismo que anula la pasión del autor por su tema. Una crítica que en el siguiente texto formula

¹³ A mi modo de ver, lo que O’Gorman columbra en la obra de González Obregón por vía de la leyenda –o en otros textos con la mística y el arte– es la intuición que hoy referimos con palabras de la escuela francesa de pensamiento: heterología (de Certeau), heterotopía (Foucault) y heterografía (Derrida): en suma, el reconocimiento del Otro.

explícitamente. En “La dominación española de Orozco y Berra” O’Gorman tiene un juego de ambigüedad en el título, una celada para el lector cuando se acerque al final del texto, pues dicha dominación no es sólo aquella a la que Orozco y Berra se refirió en su obra, sino “el afán de dominio, que substituye, de manera muchas veces inconsciente, el afán de saber” (2018, t. II, p. 13) en virtud de las ideas de progreso y causalidad. Esto implica una concepción particular de la historia, la cual O’Gorman denuncia como “historia-documental” y “utilitaria” en tanto que subordina la estructura de la narración a “una concepción especial que [...] invita a su fragmentación”. Así, persiguiendo un ideal pragmático, el investigador se despersonaliza del pasado, convirtiéndose en “una máquina. Pero no hay que olvidar que el saber es, ante todo, satisfacción de un afán del espíritu, y como satisfacción es fundamentalmente un goce, inútil o útil” (p. 13).

Una vez más, O’Gorman posa su atención en el autor y su horizonte histórico. En los tiempos de Orozco y Berra la investigación del pasado se concentraba en la recopilación documental. Nuestro crítico destaca el basamento textual de la obra y reconoce que una parte llega a nosotros en calidad de borrador, además de que para su construcción el autor se apoyó sobremanera en los trabajos de Andrés Cavo. Pero se lamenta O’Gorman de cierta práctica hasta entonces mantenida:

la constante repetición de los hechos aumentados con algún dato encontrado con posterioridad es defecto crónico de casi la totalidad de nuestra literatura histórica. Constituye esto un grave defecto, porque además de que acusa esterilidad en el pensamiento, duplica todas las noticias y abulta de modo innecesario la bibliografía [...] Para el caso, es preferible consignar (ya que, según parece, sólo de consignar se trata) los datos en índices y ficheros, en lugar de diluirlos en grandes, fatigosas y a veces “artísticas” (?) narraciones. [...] En realidad, un estudio minucioso de depuración crítica, dejaría unos cuantos libros fundamentales y una buena guía de variantes y adiciones [...] en rigor, la crítica esencial no radica en que el libro tenga más o menos datos, sino que ella encuentra apoyo en las exigencias que nos plantea, hoy en día, el afán de conocimiento histórico. (p. 13)

Con esto desciende a una disertación algo densa sobre la necesidad de una filosofía de la historia, cuyo papel sería la sublimación del conocimiento histórico como un constante espejeo entre los acontecimientos y los conceptos que produce el pensamiento histórico para abordar dichos acontecimientos. Opone en este sentido lo útil a lo justo en el trabajo del historiador como una responsabilidad política, “una lucha de pependencias dentro de la investigación

misma”, pues ello permite reconocer “la Historia Escrita como lo que realmente es: una manera o forma del pensamiento. Por lo tanto, los sistemas conceptuales que se han utilizado en la explicación del pasado se nos presentan como formas históricas” y la historia misma como “expresión, síntoma, de un sentido especial de la vida” (O’Gorman, p. 13).

Este modo de contemplar la historiografía nacional, admite el propio O’Gorman, pudiera ser errada “pero en todo caso es algo más que la alabanza o la diatriba, que es lo que generalmente se ofrece como crítica” (O’Gorman, p. 12). Es decir, su concepción de la historia, cuando menos, pretende salvar el mismo problema que había señalado en la semblanza de Justino sobre los críticos de arte, incapaces de ponerse de acuerdo sobre un punto común de referencia: es, ni más ni menos, un volantazo historicista.

Finalmente, O’Gorman reitera la pregunta que formuló en su ensayo sobre González Obregón: “¿qué es lo que representa para nosotros la obra de Orozco y Berra? ¿qué clase de Historia se consigna en las páginas de su libro?”. Pero aquí precisa el centro de la diana: ¿cuál su filosofía?, “o sea, el sentimiento de la vida que poseía el autor, sentimiento que necesariamente debe manifestarse en su obra” (p. 13). Con lo cual concluye que la visión del trágico liberal elude “la posibilidad de llegar al verdadero conocimiento histórico que está sustentado esencialmente en el sentimiento del pasado como pasado propio” (p. 13), en virtud de su tendencia utilitaria.

Estas reflexiones, espero haber podido hacer notar, no son exclusivamente teórico-metodológicas de la disciplina histórica. En este texto, así como en los otros que componen su cuadrivio, el punto de entrada fue desde una experiencia de lectura comprometida tanto con el asunto como con el autor, guiándose por la forma manifiesta de las obras.

Monstruosidad de O’Gorman

Dijimos ya que en 1938 O’Gorman se incorpora al AGN y un año más tarde a la UNAM como profesor y alumno. Para 1940 presentará en “El arte o de la monstruosidad” una formulación semejante a su revisionismo historiográfico: allí propone que a la par del pensamiento racional que desde la antigüedad rige los conceptos de arte y belleza para la mentalidad Occidental, fluye el torrentoso caudal de la experiencia estética de lo monstruoso, que admite todas invasiones y superposiciones en tanto que expresa la necesidad deformativa implicada en el arte. También en 1940 O’Gorman aparecerá listado como redactor

de la efímera *Revista de Literatura Mexicana*, la cual se anunciaba dedicada “a la difusión y el estudio de la literatura mexicana antigua y moderna”. En realidad, como la mayoría de los redactores en la revista, no alcanzó a publicar allí. Sin embargo, en el *Boletín del Archivo General de la Nación* ratificó con un par de colaboraciones el amor por la palabra impresa que 10 años atrás lo empujó a fundar una rústica editorial: “Dos documentos de nuestra historia literaria” y una serie de inventarios de Bibliotecas y Librerías de México entre 1585 y 1694 (t. XI, núm. 4), que él mismo consideró “un índice de primer orden para el estudio y conocimiento de la vida espiritual de la Colonia durante el siglo XVII”. Con lo cual se confirma su postura ante la obra de Orozco y Berra: O’Gorman no desprecia la historia documental, pero la considera una etapa preparatoria de la investigación.

Es de notar que el afán crítico del Ateneo continuado por los Contemporáneos encontró refugio en *Letras de México*, la cual se preocupó por fomentar la divulgación de novedades y la revisión diligente de bibliografías. A su tiempo, la *Revista* dirigida por Antonio Castro Leal anuncia la entrada de los intelectuales al cauce de la especialización y la actividad académica. Sobra decir que la trayectoria intelectual de O’Gorman entre 1930 y 1940 traza el mismo desplazamiento que se aprecia en el campo cultural: de la crítica como aspiración y compromiso, una meta por alcanzar (asumiendo el siempre posible fracaso), a la organización y disposición de recursos y técnicas que permitan establecer bases comunes de comprensión, hasta llegar la concentración de los especialistas en institutos, formalizando sus investigaciones y estrategias comunicativas.

El lector suspicaz habrá advertido con esta exposición de los primeros pasos de O’Gorman en el campo intelectual (amén de sus deficiencias y sus propias limitaciones) un paulatino movimiento de la creación a la crítica y de ahí a la teoría. Paradójicamente, mientras más se entroniza O’Gorman en la abstracción teórica es mayor su desconfianza en los conceptos heredados; pienso que el cuadrivio aquí propuesto tiende un puente entre sus creaciones literarias y su reflexión histórico-filosófica. Los textos sobre Fernández y García Granados mantienen el tono familiar de su semblanza de Bustamante; el de González Obregón desdobra el nivel de la observación del mismo modo en que su “divagación” en *Fábula* pretende poner en relato la exégesis de su pensamiento hasta alcanzar un nivel de abstracción filosófica en su interpretación de la Coatlicue y la obra de Orozco y Berra. Como advertí al inicio de estas líneas, superando el sesgo disciplinario con que nos ha sido transmitida una idea de O’Gorman y su obra podemos abundar en nuestra comprensión

de la persona y su ideario. Si se me permite el atrevimiento, quisiera insistir en que el pensamiento estético-literario de O'Gorman (así como lo monstruoso para la belleza clásica occidental) es un correlato constitutivo y complementario de su pensamiento histórico-filosófico.

Homologar a cierto autor con una de sus obras es fenómeno de lo más común; sin embargo, cuando así se fijan, sujeto y obra corren el riesgo de perder su singularidad convirtiéndose en las flores cortadas del jardín que fueron a dar a un lioso *bouquet*. Este proceso de transmutar la aventura del pensamiento en naturaleza muerta tampoco es extraño, pero propicia extravíos y desatenciones. Hoy día, mencionar a Edmundo O'Gorman es remitirse de inmediato a *La invención de América*, publicada originalmente en 1958 y revisitada por el autor para alcanzar su forma final en 1977. En realidad, su biobibliografía sugiere cierta continuidad sistemática en los temas y preguntas desplegadas de un trabajo a otro: siguiendo sus publicaciones mayores desde la incorporación del Nuevo Mundo a la cultura Occidental como conquista filosófica en sus *Fundamentos de la historia de América* (1942), cuestionando los implícitos del ser americano y su interpretación ante el panorama filosófico del siglo XX en *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947), para llegar a su formulación revisionista con *La idea del descubrimiento de América* (1951), reforzada después y destilada ensayísticamente en *La invención de América* (1958).

En este tenor, a mediados del siglo pasado, O'Gorman trabó polémica con Marcel Bataillon tras la publicación de *La idea del descubrimiento de América*, obra producto de la investigación doctoral de O'Gorman que a juicio del hispanista francés y no pocos colegas del mexicano adolecía de filosofía.¹⁴ En una relación que podría tomarse por epistolar, insistentemente Bataillon se refirió a O'Gorman en tono de burla como “el historiador-filósofo”, y aunque aquél decidió tomarlo como un elogio, quizá entonces el mote sustituyó al que le había dado Francisco Larroyo unos quince años atrás por sus polémicas clases en el viejo edificio de Mascarones: “el *enfant terrible* de la historiografía mexicana”.¹⁵

Pienso que el escarnio de Bataillon pudo a la larga haber orientado la exégesis general sobre O'Gorman que hoy se nos ofrece (nótese el énfasis diferido en los apodos) y acaso inadvertidamente tuvo el acierto de representarnos su costado más teórico. Pero hoy, que se reconoce con cada vez mayor hospitalidad el basamento literario de la operación historiográfica y que ya no parece tan necesario decidirse entre una historia-ciencia o una historia-arte,

¹⁴ El desarrollo de dicha polémica fue publicado en el libro *Dos concepciones de la tarea histórica, con motivo de La idea del descubrimiento de América* (1955, Imprenta Universitaria).

¹⁵ Ver Ortega y Medina (1976), Matute (1996) y Hale (2000).

tal vez sea oportuno volver a plantearnos las mismas preguntas para los mismos problemas: ¿Qué clase de historia escribió Edmundo O’Gorman? ¿Cuál fue su filosofía? ¿Cuál su estética? ¿Qué sentimiento de la vida poseía el autor, necesariamente manifiesto en su escritura? Responder a estas “molestas, pero ineludibles preguntas” sin disimular su veta literaria cifrada en el gesto ensayístico significa, a mi modo de ver, cultivar el jardín de Edmundo O’Gorman. Como en alguna ocasión escribió Stefan Zweig al respecto de Goethe, “que una obra se humanice, en lugar de divinizarse, facilita siempre su comprensión”.

Referencias

- Alcancía, 1933; Fábula, 1934.* (2018). Edición facsimilar. Fondo de Cultura Económica, 1981 (edición electrónica de 2018).
- Arnáis y Freg, A. (1964). “Respuesta al Discurso de Ingreso Pronunciado por Edmundo O’Gorman”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia correspondiente a la Real de Madrid*, t. xxiii, núm. 3, pp. 240-247.
- Chinchilla Pawling, P. (2005). “El estilo y la obra de O’Gorman: el ensayo”, en *Historia y grafía*, año 13, núm. 25, uia, pp. 13-44.
- Contemporáneos* (2018). T. I-XI. Edición facsimilar. Fondo de Cultura Económica, 1981 (edición electrónica de 2018).
- Diego, G. (1932). *Fábula de Equis y Zeda*, Edmundo O’Gorman y Justino Fernández (eds.). Alcancía.
- Fernández, J. (1963). “Alcancía. Memorias de un impresor”, en *Las revistas literarias de México (Segunda serie)*. México: inba.
- Fernández, J. (1968). “Edmundo O’Gorman, su varia personalidad”, en *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman*. Edición de Juan A. Ortega y Medina. México: unam, iih, ffyl, pp. 13-18.
- García Niño, A. E. (2020). “Viaje a los orígenes escriturales de un contador e interpretador de historias: tres poemas de Edmundo O’Gorman en *Alcancía* 1 (enero de 1933)”, en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, t. 41, núm. 160, pp. 134-151.
- Hale, C. A. (2000). “Edmundo O’Gorman y la historiografía nacional”, en *Signos históricos*, vol. ii, núm. 3 (junio), pp. 11-28.
- Klett García, B. (2023). “Parodia de Gerardo Diego y transfiguración narrativa en un cuento de Edmundo O’Gorman”, en *Escrituras desbordadas: variaciones sobre el pensamiento literario*. Norma Angélica Cuevas Velasco y Raquel Velasco (coords.). México: Universidad Veracruzana.
- Letras de México* (2018). T. I-II. Edición facsimilar. Fondo de Cultura Económica, 1984 (edición electrónica de 2018).

- Matute, Á. (1996). “El historiador filósofo”, en *Theoría. Revista del Colegio de Filosofía*, núm. 3 (marzo), pp. 191-196. doi.org/10.22201/ffyl.16656415p.1996.3.136
- Meyer, E. (estudio preliminar y ed.) (2009). *Imprevisibles historias. En torno a la obra y legado de Edmundo O’Gorman*. México: fce, unam, ff-1.
- Novo, S. (1975). “Contestación al discurso de recepción de Edmundo O’Gorman, *Meditaciones sobre el criollismo*”. En *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, t. XXI. México, Academia Mexicana de la Lengua, pp. 94-99. O’Gorman, E. (1937). *Santo Tomás More y la Utopía de Tomás Moro en la Nueva España*. Alcanía.
- O’Gorman, E. (1938). *Reflexiones sobre la Distribución Urbana Colonial de la Ciudad de México*. México: Cvltvra.
- O’Gorman, E. (1940). “El arte o de la monstruosidad. Ensayo de crítica artística precortesiana”, en *Tiempo. Revista Mexicana de Ciencias Sociales y Letras*, núm. 3. También disponible en *El arte o de la monstruosidad y otros escritos*. México: Planeta, 2002, pp. 71-88.
- O’Gorman, E. (1945). “Teoría del deslinde y deslinde de la teoría”, en *Filosofía y Letras*, t. ix, núm. 17 (enero-marzo), pp. 21-38. También disponible en la antología preparada por Álvaro Matute (2007), *Ensayos de filosofía de la historia*. unam, pp. 21-36.
- O’Gorman, E. (1982). “Entrevista con el doctor Edmundo O’Gorman”, en *Gaceta unam*, quinta época, vol. 1, núm. 76 (25 de octubre), p. 12.
- O’Gorman, E. (1945). “Teoría del deslinde y deslinde de la teoría”, en *Filosofía y Letras*, t. ix, núm. 17 (enero-marzo), pp. 21-38).
- Ortega y Medina, J. A. (Ed.) (1976). *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’Gorman*. México: unam.
- Revista de Literatura Mexicana, 1940* (2018). Edición facsimilar. Fondo de Cultura Económica, 1984 (edición electrónica de 2018).
- Saborit, A. (1995). “El profesor O’Gorman y la metáfora del martillo”, en *Historiadores de México en el siglo xx*. Compilado por Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort. México: FCE, 1995.
- Tereszewski, M. (2013). *The Aesthetics of Failure: Inexpressibility in Samuel Beckett’s Fiction*. Cambridge Scholars Publishing.
- Vázquez, J. Z. (1997). “Presentación: Don Edmundo O’Gorman, 1906-1995”, en *Historia Mexicana*, 46(4), pp. 687-694.
- Zermeño, G. (2013). “La historiografía en México: un balance (1940-2010)”, en *Historia Mexicana*, vol. lxii, núm. 4 (abril-junio), pp. 1695-1742.